

INTRODUCCIÓN AL DOSIER ANNUAL, 1921: EL DESASTRE QUE CAMBIÓ A UN PAÍS

María GAJATE BAJO
Universidad de Salamanca
<https://orcid.org/0000-0003-2459-3712>

Alfonso IGLESIAS AMORÍN
Universidade de Santiago de Compostela
<http://orcid.org/0000-0002-4579-767X>

El verano de 1921 ha quedado para el recuerdo como uno de los más funestos de la Historia de España. En el extremo norte de Marruecos, la escarpada tierra del Rif, con sus incontables barrancos, se convirtió en el trágico cementerio donde yacieron los cadáveres de cerca de 10.000 soldados españoles. Basta señalar para ilustrar el tremendo descalabro iniciado en la loma de Annual que, entonces, se decía que los buitres solo comían de comandante para arriba. Suficiente para pegarse el atracón. Una serie de desdichas –donde los académicos distinguimos, en realidad, un aluvión de incoherencias políticas, vacilaciones y avances negligentes a la par que temerarios– había propiciado que el extenso despliegue de más de un centenar de posiciones (los famosos blocaos, cuyo aislamiento provocó no pocos casos de locura entre la tropa) fuese aniquilado en cuestión de días. Por eso Annual fue mucho más que una derrota militar. La ocurrida una docena de años atrás, en el Barranco del Lobo, había pasado algo desapercibida ante la repercusión de los disturbios barceloneses de 1909. Ahora, sin embargo, los españoles no podían mirar a otra parte; Annual era un Desastre con mayúsculas. Solo equiparable al del lejano 1898 y, tal vez, mayor. En julio de 1921, otra vez España experimentaba una verdadera debacle, una humillación en toda regla para los políticos y para el ejército. No obstante, ya no habría cura para esta herida, que precipitó, si atendemos a la feliz expresión de Joaquín Costa, la llegada de un «cirujano de hierro».

Resulta del todo imposible, en efecto, desligar el Desastre de la figura de Miguel Primo de Rivera y del fin del turno. El sistema político creado por Antonio Cánovas del Castillo logró, y es justo reconocerlo, alejar el fantasma del pronunciamiento militar. Ahora bien, el precio había sido elevado: un fraudulento bipartidismo, una oficialidad crecientemente politizada y una Constitución, la de 1876, que conjugaba la defensa de valores típicamente tradicionales (propiedad y orden) con un tibio apoyo estatal a las clases sociales más desfavorecidas. Desde el retorno de los Borbones, sin embargo, ya había llovido: los acuerdos del Pardo, Santiago de Cuba, el asalto al *Cu-Cut*, la Semana Trágica, el asesinato de Canalejas, la triple crisis de 1917, etc. Además, políticos como Antonio Maura, Santiago Alba o el conde de Romanones carecían de la extraordinaria agudeza del «arquitecto» del sistema. Eran, pues, otros tiempos y la desafección política iba en aumento; solo faltaba la chispa que hiciera saltar el polvorín. Faltaba Annual y el recrudecimiento de la vieja guerra contra el *moro*.

El juicio historiográfico coincide al subrayar que Annual tuvo un papel decisivo en la caída del caciquismo. Decisivo, desde luego; concluyente, quizás. No se trataba de un mero contrat tiempo, por más que el ministro Eza procurara quitar hierro al asunto ante una opinión pública conmocionada. Pero el historiador no debe ser amigo de determinismos y por eso conviene enfatizar, y no olvidar, que el catalanismo y las protestas obreras también coadyuvaron a poner en solfa el régimen. Dicho esto, retomemos la idea de que el Desastre de Annual no constituye solo un hito en la historia militar española, sino también en la historia política. El malhadado Protectorado alimentó agrias polémicas parlamentarias, sobre todo con un Indalecio Prieto muy deslenguado, y evidenció que el discurso periodístico ya no bastaba, como años atrás, para que el gobierno de turno se granjease la confianza de los ciudadanos. Tras la masacre, África, destino habitualmente temido por los quintos españoles, se convirtió en una auténtica pesadilla para miles de jóvenes. Varias canciones populares se referían desde 1909 a Marruecos como un matadero, pero la carnicería llegó a su cénit en aquel triste verano de 1921. En los meses que siguieron, esos temerosos jóvenes hallaron poco o nulo consuelo en la forzosa movilización de los *cuotas* (soldados que abonaban una cantidad en metálico para permanecer apartados de la primera línea de combate). Su estancia en otro continente se convirtió en una sucesión de calamidades y penurias. Además, cabe reparar en el espinoso tema de los prisioneros y en la tortura experimentada por sus familiares hasta asistir a la liberación de los que sobrevivieron, algo más de tres centenares, después de dieciocho meses en Axdir. Annual, en suma, venía a ensanchar en el medio y largo plazo la brecha existente entre el Poder y las masas.

Hubo más daños colaterales. Pensemos, para empezar, que algo similar sucedió con la figura de Alfonso XIII *el africano*, muy ligado por sus detractores a la catástrofe de Annual, debido a su abierto interés por los avances en Marruecos y a la enorme influencia que tenía en muchos de los principales oficiales que allí operaban. Cuando el general Silvestre, al frente de las tropas que peleaban en la Comandancia General de Melilla, se sintió sobrepasado en Annual, envió a su

hijo a la Plaza para que se ocupase de descerrajar los cajones de su despacho y llevarse toda la documentación. Así figura entre los centenares de papeles del *Expediente Picasso*, si bien se niega el carácter comprometedor de lo encontrado¹. La historiografía, debido a la turbiedad del asunto, sigue sin ponerse de acuerdo para determinar la responsabilidad del monarca en la tragedia del Rif, pero en lo que casi todos coinciden es en que fue un golpe decisivo para su prestigio. Primo fue el tiempo de descuento de Alfonso XIII, pero su suerte estaba casi echada.

En segundo término, el ejército también se vio perjudicado por lo sucedido en Marruecos. O, quizás, no tanto, aunque conviene explicarlo. Una vez más, era derrotado a manos de un ejército irregular y, para colmo de desgracias, su labor era puesta en tela de juicio. La casta de los africanistas se revolvió, no sin razón, contra los políticos al saberse situada en el ojo del huracán responsabilista. Al fin y al cabo, ¿dónde quedaban las culpas de estos? Los agraviados mandos del Ejército de África cargaron contra liberales y conservadores, denunciaron su tacañería y la permanente descoordinación entre Guerra y Estado. Un proceder similar adoptaron contra los junteros que, sin ambiciones ni metas, disfrutaban de la vida contemplativa en las guarniciones peninsulares. La emprendieron, también, contra la intelectualidad y, en particular, contra los pensadores más afines al socialismo. Incluso, denunciando su falta de apoyo, incriminaron al pueblo. Pero nada más lejos de la realidad: en el medio y largo plazo, ya se ha apuntado, se abrió una brecha entre la élite directora y la masa. En el corto, en cambio, el gabinete «de salvación» de Antonio Maura, los africanistas y casi toda la opinión patria caminaron de la mano. Los españoles, en un elevadísimo porcentaje, eran analfabetos, resignados, apenas conocedores de los compromisos internacionales adquiridos y se habían transformado —eso sí, porque a muchos no les quedaba otra opción que engrosar la tropa— en carne de guma. Momentáneamente, aterrados, secundaron la contraofensiva porque la guerra se hacía, y se hace, con las tripas. Momentáneamente, se insiste. Hasta que se supieron víctimas, coincidiendo con los festejos navideños, ya hartos del goteo de bajas, y abrieron los ojos. Más víctimas, desde luego, que la oficialidad africanista. Los generales Berenguer, Navarro, etc. fueron amnistiados, bien es sabido, a partir de 1924. El Rif había servido como su tabla de salvación desde que en 1908 se iniciara la ocupación de La Restinga y Cabo del Agua.

En este territorio redentor, el año 1921 marcó, a pesar de que resulte paradójico, un punto de inflexión para las Fuerzas Armadas españolas. El contraataque español, la campaña del *desquite*, como popularmente se conoció, fue contundente y se incrementó el envío de hombres, material bélico y médico con relación a las

1. Declaraciones del teniente coronel Tulio López, edecán del general Manuel Fernández Silvestre, fechadas el 16 de agosto de 1922. Véase Archivo Histórico Nacional, Fondos del Tribunal Supremo, 51 N 1, folio 215v. López manifestó que «el comandante de Intendencia señor Hernández tenía en el despacho de ayudante un pupitre que el declarante descerrajó por saber contenía en él papeles y otros objetos de carácter particular y privado que podían ocasionarle disgustos de familia, haciendo esto por el convenio establecido de antes entre ambos».

ofensivas pasadas. Los ataques con iperita, los bombardeos masivos, las razias, el fuego artillero sobre poblados fueron procedimientos usuales para «arrastrar», así lo decían, al rifeño hacia la civilización. El adversario, se pregona, era un desalmado: salvaje, perfecto conocedor del terreno, con una excelentísima puntería y resistente a ultranza. Así que, desde la óptica militarista, todo valía. El desembarco de Alhucemas y las campañas que siguieron hasta 1927 pusieron término a una guerra brutal, donde los africanistas actuaron, al fin, libres de responsabilidad, bien pertrechados y con un decidido respaldo político (no tanto de la opinión pública, si acaso esperanzada con el fin de la desquiciante contienda). Annual aupó, en el largo plazo, a una facción militar ultranacionalista y extremadamente violenta a la cumbre de la gobernación del país. Conviene, en fin, ser prudentes y evaluar el corto y medio/largo plazo a la hora de contemplar al ejército como elemento perjudicado de la catástrofe africana.

Curiosamente, el golpe más duro para el ejército lo propinó el mismo ejército. Un giro inesperado de los acontecimientos que no deja de sorprender si buscamos la comparación con otros casos nacionales e internacionales. Siempre que se registra una derrota militar, el ejército la investiga y a menudo depura responsabilidades. Pero estas investigaciones de militares por militares suelen tratar de salvar en lo posible el honor de la institución, buscar alguna *cabeza de turco* que sirva a los políticos y «cubrir el expediente» lo más rápido posible. En 1921, el expediente que se cubrió y que no estaría terminado hasta el año siguiente, escapó de esta tónica: se trató de una investigación extensa, minuciosa, rigurosa e implacable. El hombre elegido para la tarea, el entonces general de división Juan Picasso González, mostró las corruptelas, la incompetencia y los vicios del ejército español con una crudeza que resultaba desconocida. La puntilla fue que el informe no quedase como una investigación «de puertas adentro», cuando José Sánchez Guerra, presidente del Consejo de Ministros, decidió trasladarlo al Congreso de los Diputados, facilitando de este modo su difusión pública y abriendo otra vía de agua en el carcomido barco que era entonces el régimen político de la Restauración.

Aunque se ha tratado el Desastre sobre todo en clave de política interior, algo que resulta fácilmente comprensible, también tuvieron importancia sus repercusiones internacionales. Marruecos ha sido, en realidad, un eterno vecino incómodo al que solo miramos –ayer y hoy– cuando intuimos problemas. Marcelino Domingo, que prologó un conocidísimo libro de Francisco Gómez Hidalgo, escribió, desbordado de dolor y denunciando la anormalidad patria, lo que sigue:

La derrota de Annual no es una derrota militar. Por derrotas pasaron todos los pueblos, y todos de ellas se rehicieron. Annual es la derrota del Estado español. Del Estado español que no ha sabido ser en África médico, ni maestro, ni ingeniero, ni juez, ni autoridad civil ni soldado. Del Estado español que, a la hora de edificar, no ha construido nada; que en la hora de luchar ha tirado las armas y ha huido; que en

la hora de defender a los que no huyeron, les ha abandonado en el más punible y humillante de los abandonos².

¿Qué derrotas conocieron otros pueblos? Seguramente, Domingo estaba pensando en Isandlwana, el revés británico contra los zulúes, o quizás en el tropiezo de los italianos en Adua. Sin embargo, la trascendencia de Annual fue muy superiores porque, entre otros motivos, el camino seguido hasta coronar este enclave había sido arduo. La permanente supeditación a los dictados franco-británicos había brindado sus frutos a España: la ansiadísima «zona de influencia», unas migajas que servían para contrapesar los intereses de las grandes potencias, logradas después de una lucha diplomática repleta de tensiones y desconfianza cuyo punto culminante fue la Conferencia de Algeciras. Un pequeño resquicio para el intervencionismo en África deseado, sobre todo, por el elemento castrense y por algunos agentes económicos. Tanto que hasta la política colonial de Madrid se sometió a las necesidades galas, por ejemplo, durante la Gran Guerra. Entonces el Rif dejó de oler a pólvora. El interés público, no obstante, apuntaba en otras direcciones, anclado en la vieja consigna del *escuela y despensa* (y doble llave al sepulcro del Cid). En semejante discrepancia, creemos, radica la génesis del Desastre. Fue el pecado original y así, andando el tiempo, se produjo la espantada de Annual.

Sigamos examinado la batalla en clave internacional. En Marruecos, Abdelkrim se afianzó en su puesto de caudillo del movimiento de resistencia. La República del Rif y su líder constituyen uno de los elementos centrales en el actual recuerdo del Desastre. La victoria de las cabilas fue de tal magnitud que consiguió que un rifeño se convirtiese en una figura tan popular como cualquiera de los principales oficiales españoles de la época. Abdelkrim ya no será hoy –como hace un siglo– un nombre en boca de millones de españoles, pronunciado muchas veces con miedo y resentimiento. Aunque sí se mantiene como una figura difícil de olvidar, cuya imagen ilustra libros o aparece en manuales escolares, a un nivel que escasos personajes históricos marroquíes pueden alcanzar. Parece lógico, teniendo en cuenta que pocos influyeron tanto en la política y en la realidad española. Su proyecto, la República del Rif, fue una consecuencia directa del desastre español, una oportunidad para buena parte de las cabilas del Protectorado de independizarse, no solo del dominio europeo, sino también del marroquí.

Justo un siglo después, el Desastre permanece como el episodio álgido de las guerras de Marruecos. El momento más crítico de un proceso cuyas raíces se hunden en el siglo XIX, pero germina a partir de 1909. Annual fue una posición importante, pero no se habría hecho un hueco en la memoria colectiva española de no ser por la tragedia. Sigue apareciendo con cierta frecuencia en los medios de comunicación porque encontramos pocos nombres propios tan vinculados a una derrota y porque las terribles fotografías, que tanto impactaron a la sociedad

2. Prólogo de Marcelino Domingo a GÓMEZ HIDALGO, Francisco: *Marruecos: la tragedia prevista*. Madrid: imprenta de Juan Pueyo, 1921, pp. 20-21.

española en 1921, lo siguen haciendo cien años después. Pero el Desastre no fue solo Annual: las fotografías que más han circulado, de hecho, son las de Monte Arruit (reocupado por los españoles el 24 de octubre, solo cinco días después de que Maura suprimiera la censura previa que había estado vigente desde el 13 de septiembre). En este lugar se vivió la mayor tragedia dentro de la tragedia porque aquí se asesinó a más de 2.000 soldados después de rendirse. En cualquier caso, hubo muchas más historias desgarradoras en Abarrán, Igueriben, Zeluán, Dar Quebdani o Intermedia A. Son nombres casi olvidados en la sociedad española, si bien para algunos aún remiten a aquellas terribles jornadas.

Monte Arruit, afirmamos, es el enclave que sobresale entre estos *lugares de memoria*, como los definió Pierre Nora. Su significado va mucho más allá de un espacio físico, de un campo de batalla. Mientras que Annual ejemplifica el desastre militar, la posición abandonada precipitadamente y sin ningún orden táctico, Monte Arruit encarna el desastre humano. Un ejército derrotado que aguantó hasta la extenuación se rendía, bajaba los brazos, reconocía su fracaso, y entonces era masacrado por el enemigo en una traición que luego se usaría para justificar barbaridades en la dirección contraria. Aquel prolongado asedio tuvo en vilo a la sociedad española. Ávidos lectores de la prensa diaria contuvieron la respiración a la espera de un milagro, quizás en forma de un épico rescate. Pero este jamás se produjo, lo que sumó otra humillación. La escabechina pesó como una losa y la culpa, tanto de los verdugos como de los que no fueron capaces de impedirlo (políticos y militares) se expiaría de formas muy variadas en los turbulentos años siguientes. Alguien tenía que pagar por aquellas imágenes de la ignominia que revolviéron los estómagos de los españoles de 1921. O, dicho de otro modo, si «Annual» es la palabra que define el desastre, las fotografías de Monte Arruit son las que lo ilustran, y nunca dejarán de hacerlo.

La catástrofe del Rif ha seguido, así pues, de actualidad hasta nuestros días, a pesar de su discreto aprovechamiento en los productos culturales más consumidos. Apenas podemos hablar de películas, series de televisión o videojuegos que hayan contribuido a hacer verdaderamente popular esta guerra, como sí sucedió con muchas otras. Incluso la narrativa de ficción, tan bien aprovechada en los años posteriores al Desastre –con obras tan influyentes como *Imán*, de Ramón Sender, *El Blocao* de José Díaz Fernández o *La Forja de un Rebelde*, de Arturo Barea– no ha ofrecido títulos que llegaran al gran público en las últimas décadas. Cabe mencionar, eso sí, excepciones como *El nombre de los nuestros*, de Lorenzo Silva, o una trilogía que indaga en el carácter del general Silvestre, fruto del trabajo de José María Cazorla. En televisión lo intentó Atresmedia en 2017, produciendo la serie *Tiempos de guerra*, una prometedora historia sobre la tragedia del Rif y el papel de las enfermeras de guerra que al final fracasó ante la crítica y el público, acusada entre otras cosas de ser un melodrama que aprovechaba muy mal el contexto histórico.

Al margen de lo apuntado, un gran ejemplo del retorno de ese pasado al presente ha sido la concesión de la Laureada colectiva al Regimiento de «Cazadores de Alcántara, 14 de Caballería», por el arrojo con el que se sacrificó para facilitar

la retirada. Semejante reconocimiento se produjo en 2012. Sí, 91 años después del Desastre se concluía un expediente iniciado en 1922 y que había quedado relegado por distintas razones. La única Laureada concedida en el siglo XXI devolvió el Desastre a los medios de comunicación, que tuvieron que contextualizar aquella condecoración. Podría argumentarse sin problemas que la noticia no acaparó una excesiva atención pública y que, por otra parte, pudiera considerarse una distinción un tanto anacrónica. Sin embargo, también conviene subrayar que apenas generó contestación o protestas. Esto último constituye una buena demostración de que el Desastre es recordado como una derrota de todos, ajena a partidismos. Con certeza, la respuesta hubiera sido distinta si el reconocimiento implicase directamente a la Legión o a alguno de los africanistas que luego destacaron durante la Guerra Civil. De hecho, los homenajes al desembarco de Alhucemas o con motivo del fin de la campaña se topan con más dificultades, precisamente, por la marcada significación de sus protagonistas.

En cuanto al otro bando, si miramos a Marruecos, y en contra de lo que a priori podría parecer, también nos encontramos con un recuerdo incómodo. El régimen de Rabat rechaza todo aquello que pueda sonar a nacionalismo rifeño y, por este motivo, la República del Rif no puede ser ensalzada, a pesar de sus indudables logros. El Estado fundado por Abdelkrim actuó como un soplo de aire fresco en el mundo islámico, un proyecto levantado en un duro contexto de guerra continua, con muchas carencias, pero con sorprendentes intereses modernizadores. La creación de una Hacienda y una moneda propias, la abolición de la venganza y el establecimiento de tribunales de justicia, la creación de cárceles o los intentos por mejorar la sanidad y la educación podrían erigirse como un gran legado que homenajear en Marruecos. Ahora bien, el carácter específicamente rifeño de este proyecto ha llevado, incluso, a una cierta ocultación de su historia. Algo semejante ha sucedido con su líder, una figura que podría ser central en la memoria marroquí sobre la descolonización, y que tiene un papel secundario por esa incomodidad que su proyecto sigue generando. El Gobierno marroquí ni siquiera se ha interesado por repatriar sus restos desde El Cairo, ante el miedo a potenciar un héroe del nacionalismo rifeño. Además, debe recordarse que en 1956 Abdelkrim había rechazado la oferta por parte de Mohamed V para regresar con honores a su país, marcando un distanciamiento con la monarquía alauita muy difícil de superar.

Para finalizar esta introducción, queremos destacar que el dossier que el lector tiene en sus manos pretende explorar lo vivido en 1921 desde una perspectiva novedosa. Todos los autores aportan su granito de arena, conjugando un lenguaje ameno y un amplio bagaje investigador, con el propósito de ayudar a entender mejor la gestación del Desastre y sus enormes repercusiones. Para empezar, Fernando Puell de la Villa indaga en cuestiones organizativas y educativas que atañían al ejército español en vísperas del Desastre. Este profesor, coronel retirado y referente absoluto en el estudio de la Historia Militar de España, explora hasta qué punto la estructura, fundamentos doctrinales, capacitación y recursos de las Fuerzas Armadas peninsulares incidieron en el desarrollo del Desastre. A partir de un

considerable acopio de fuentes, Puell concluye denunciando, entre otros factores, la ausencia de un ejército colonial propiamente dicho.

Los investigadores Daniel Macías Fernández y Sergio García Pujades, en cambio, se vuelcan desde el análisis historiográfico en el examen de uno de los grupos más relevantes del conflicto hispanomarroquí: el de los africanistas dentro del ejército español. Además de adentrarse en las complejidades de definición que rodean al término, los autores hacen un amplio recorrido por los más relevantes estudios históricos sobre las campañas de Marruecos de las últimas décadas. De este modo, no solo ofrecen una rica recopilación de las interpretaciones que se han hecho sobre este término, sino que trazan una amplia e interesante caracterización de este colectivo de límites difusos pero cuyo papel en el tema que nos ocupa fue de una gran trascendencia.

Gracias a la original contribución del profesor Mohamed Abrighach nos aproximaremos, desde la esfera literaria, al sentir de los rifeños ante el desarrollo de la conocida como «Guerra de Annual». A través de un pormenorizado análisis del *Poema de Dbar Oubarran*, este profesor de la Universidad de Agadir incide en la facilidad con la que los combatientes rifeños se impusieron sobre los invasores en una contienda definida por la asimetría armamentística. Por otra parte, desde una perspectiva indígena que ha sido habitualmente soslayada en España, Abrighach abunda en aspectos tales como la brutalidad de las guerras coloniales y en el papel histórico desempeñado por el apodado como «moro pensionado».

La contribución de la arabista Rocío Velasco de Castro se centra en la figura clave del Desastre por el bando marroquí, su indiscutible líder Abdelkrim. En su texto se explora su participación como cronista, a la altura de 1911 y coincidiendo con el episodio de Agadir, en el periódico *El Telegrama del Rif*. Unos textos que han pasado muy desapercibidos para la historiografía española por estar escritos en árabe, pero que la autora puede analizar de forma privilegiada. En su artículo vemos cómo el discurso de Abdelkrim era favorable a la colonización, justificando y defendiendo las actuaciones españolas.

Francisco Alía Miranda, por su parte, atrae de nuevo la atención del lector hacia el ámbito castrense peninsular. Este profesor se esmera a la hora de bucear entre los inmensos fondos del Archivo Histórico Nacional y estudia, entre otros elementos, la judicialización de las responsabilidades militares del Desastre entre 1922 y 1924, la difícil labor desempeñada por el general Aguilera, la imparable politización de toda la investigación y su conexión, disponiendo de cierta complicidad monárquica, con el inicio de la dictadura primorriverista y de la posterior *dictablanda*. De hecho, Alía examina la trayectoria del general Berenguer hasta la tardía fecha de 1935. Como guinda del pastel, este trabajo incorpora el análisis de unas desconocidas cartas de Francisco Franco relacionadas con Annual y sus causas.

Concluye este dossier con las aportaciones del investigador Ramón Díez Rioja a propósito de los antecedentes y preparativos, desde el ámbito de la estrategia gubernamental, del famoso desembarco de Alhucemas. El autor, que emplea

abundantemente la prensa histórica, así como los fondos del Archivo General Militar de Madrid y de la Fundación Antonio Maura, profundiza en la difícil gestación de esta operación anfibia y en las soluciones que se plantearon para el problema africano entre 1921 y 1925, enfatizando la idea de operar por mar. Para ello, Díez Rioja reflexiona sobre el significado de la Conferencia de Pizarra, sobre la importancia del proyecto Silvela-Anido, alude al repliegue en la zona occidental durante 1924 y al desarrollo de la Conferencia de Madrid, donde se ultimaron los detalles de la embestida española final.

En definitiva, *Annual* fue el Desastre que precipitó el hundimiento de la España turnista y el golpe de Miguel Primo de Rivera; también aceleró la forja de la casta africanista, con un protagonismo posterior sobradamente conocido. Por todo lo expuesto, cuando se cumplen cien años de la catástrofe, parece adecuado reflexionar sobre ello. Todos y cada uno de los artículos que integran este dossier ponen de manifiesto la gravedad de lo ocurrido. El trabajo del historiador, del militar y del filólogo se conjugan para arrojar más luz sobre aquellos luctuosos hechos, siempre desde el análisis riguroso de fuentes para alcanzar una visión poliédrica de lo que supuso el año 1921 dentro de las crueles, desquiciantes y largas campañas de Marruecos.

Los coordinadores,
junio de 2021.

